

Elogio de Shakespeare

por

A. Garretón Silva

de la Academia Chilena
Ministro de Educación Pública

Desde tiempo inmemorial, de generación en generación, el hombre ha sido atraído por las escenas que le ofrece el teatro. Muchos encuentran en farsas, comedias y dramas algo de sí mismos. Otros, procuran contemplar la belleza de una obra de arte. No son pocos los que buscan aquí un apoyo para sus alegrías o un consuelo para sus dolores y tormentos; aun, una calma para sus hastíos y desvelos. Siempre al hombre le ha gustado, además de su propia vida, observar esta imitación contenida en el teatro. Y así ha sentido en parte lo que cree que es o cuanto quiso ser. La fantasía de cada uno se mezcla con la ingénita fantasía emanada de la escena.

A través de las épocas, cómicos, actores, comediantes, juglares y comparsas, deleitaron a los cambiantes públicos con los pensamientos de poetas y escritores de las más variadas inspiraciones. Sigue siendo así.

En su desenvolvimiento secular, muchos siglos después de Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes, se inicia de una manera paulatina, y a la vez honda, una transformación del significado mismo de la escena y de su repercusión en la vida diaria, en la cultura y en el arte. Este acontecimiento comienza a producirse hace hoy exactamente cuatro siglos. Es en el centro mismo de Inglaterra, ya iniciado el largo reinado de Isabel, en una comarca llena de prados de tupido césped, cubiertos de flores como un cuidado jardín, con suaves colinas que dan al contorno una íntima belleza, ríos, con una tranquila superficie de sus aguas y bosques en cuyo interior se mezclan las luces y las sombras y donde por las noches la suave luz emanada de la esfera de la luna, crea hadas, duendes, enanos, espíritus etéreos, seres misteriosos. Aquí, en el centro de una bella ciudad, nació William Shakespeare. Vivió una vida densa y tranquila, fecunda en trabajos y creaciones. Los poemas, la historia nacional elevada a la categoría de la leyenda, las comedias finas, los dramas y las tragedias se suceden en un camino hacia la perfección dramática y poética, aún no supe-
rada. Es un encadenamiento sin interrupción, una maravillosa trayectoria

de extraordinario resplandor. Con la experiencia adquirida en la constante observación de la variada condición humana, la obra en su conjunto y en sus detalles adquiere una solidez, armonía y belleza que, después de siglos, sigue embelesando a los espíritus sensibles. Bajo su influencia, la escena adquiere, como la vida, gran movilidad y profundos cambios. Una agilidad no conocida antes.

Ya a sus veintiocho años era considerado en Londres, en el mundo del teatro, como una figura de singular relieve. Es el contemporáneo de poetas de alto vuelo. Su bondad, su alegría de vivir, su ingenio y su devoción sin límites por el teatro, lo rodearon de una delicada atmósfera de respeto, de afecto y de simpatía. Se le destacó como un poeta de excepcionales y nuevas condiciones. Se le comparó con los de la antigüedad clásica. Es que era, en verdad, la encarnación de un espíritu griego surgido en medio del mundo isabelino.

El mismo día que cumple los 52 años, deja este mundo en su propia tierra natal. Siete años después, en 1623, aparece la primera edición de sus obras. Esta fecha señala, con toda precisión, su cambio hacia la inmortalidad. Es nuevo nacimiento del poeta. Hasta aquí, era el inquieto público londinense el que se deleitó noche a noche con sus escenas; desde esta fecha, es el hondo estudio de su poesía misma. Medio siglo después de su muerte, Dryden entrega las tres famosas ediciones. El conocimiento del poeta es ahora cada vez mayor. El hombre de estudio procura desentrañar el denso misterio escondido en una poesía sobrecogedora. Antes de cumplirse el siglo de su partida, en 1706, Nicholas Rowe, logra reunir en una gran edición, toda la obra shakespeareana. El trabajo paciente de lingüistas y gramáticos, de historiadores, eruditos y críticos, le va dando un sello de perfección impresionante. No hay un detalle olvidado. Del núcleo de Londres, se extiende la admiración por el poeta hacia toda Inglaterra y desde aquí, a los países del mundo occidental.

El famoso crítico de la poesía inglesa Alexander Pope, en 1723, relacionando la Naturaleza en sí misma con la inspiración de Shakespeare, dice que "no es tanto un imitador, a la manera de un instrumento de la Naturaleza; no es sólo decir que él habla por ella; es ella, la Naturaleza, la que habla a través de él". Años después, el sarcástico y agudo doctor H. Johnson, señala que "el poeta comienza a asumir la dignidad de un antiguo". Hace siglo y medio que el poeta ha muerto.

Para sus contemporáneos, Shakespeare fue un moderno; en seguida, fue considerado como un antiguo y, finalmente, como poeta clásico.

Como toda expresión sublime del ingenio humano, en torno del hombre que nació hace cuatro siglos hay todo un conjunto de ideas y de asertos, interpretaciones, suposiciones y juicios, que han confundido la realidad y la leyenda, el mito y la fábula.

Pero hay mucho más. En la enorme multitud de personajes por él creados, es posible asomarse a un mundo inmenso, el mundo shakespearcano, en el cual hay las más variadas manifestaciones de la compleja, extraña, brillante u obscura y misteriosa configuración de la mente humana, en todas sus abismantes expresiones. La ternura, la bondad y la indiferencia; la amistad, en todos sus matices; el amor, tanto juvenil, como de la edad madura; el odio, los celos; la ambición, la codicia, el despotismo; lo místico, y lo profano; lo cruel, lo violento, hasta llegar al espíritu sanguinario; la traición, el adulo, toda la gama de las ambiciones; lo noble y lo perverso; nada ha escapado a su análisis y descripción y en cada aspecto es una obra perfecta. Todo esto, que ya es inmenso y magnífico, ha sido expresado en el más maravilloso de los versos. La poesía adquiere, en la frase shakespearcana, un ritmo, un estilo, una sonoridad y una belleza que es imposible alcanzar a tal altura. Parece movida por un soplo eterno. Tiene todos los contornos de un milagro. Vertida a otros idiomas ocurre, también, algo semejante. En el español, tan distinto en su origen, cadencia y estructura del inglés; sin embargo, la lengua de Cervantes reproduce el verso shakespearcano con la misma belleza incomparable, y, también, a la manera de un milagro. Y el fenómeno se reproduce en casi un centenar de idiomas y dialectos.

La obra del poeta ha ido creciendo en amplitud y significado; se ha extendido como ninguna al ámbito del estudio puro, en donde su análisis es una preocupación constante; a la música, como tema subyugante; a la escultura, el dibujo y la pintura, finalmente, al cine, en el cual, como ningún otro autor, se ha adaptado de manera más exacta y asombrosa. Del grupo de los londinenses de los tiempos de Isabel, la influencia del poeta es sobre toda la Humanidad; su poesía ha llegado a un grado de universalidad no igualado hasta hoy. El dramaturgo del pueblo isabelino ha llegado a ser el poeta de la Humanidad.

Sentimos a cada instante su presencia. A poco de su muerte, su fama comienza a crecer y ha hacerse más brillante; es su segunda vida, en un camino hacia una inmortalidad de la más amplia magnitud. Es la transfiguración del poeta. Este es el misterio de la grandeza de Shakespeare, pues ha logrado expresar todos los atributos del alma humana, en la más bella e incomparable de las poesías.

Es a esta grandeza, inmensa y diáfana, patrimonio y adorno de la Humanidad, a la que desea rendir homenaje esta tarde, con un sentimiento lleno de emoción, el Gobierno de la República.